

De la MIRADA y de sus SORTILEGIOS (y 2)

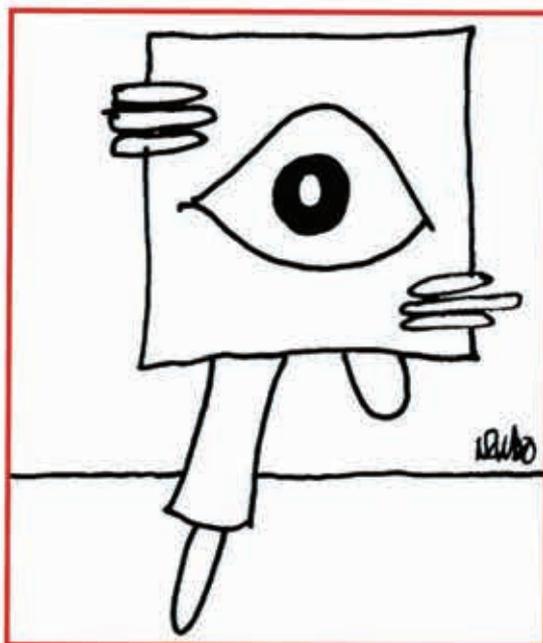
— Dr. Gérard Guasch Sauvard —

Simbolismo de la mirada

El inconsciente como los Surrealistas (¿o será los Surrealistas como el inconsciente?) es hábil en hacer collages con retazos de materiales diversos. Así podemos presenciar asociaciones, condensaciones, desplazamientos, cargados de significados ocultos que nos dejan una impresión de curiosas amalgamas. En su exploración de los seres y del mundo la mirada percibe los aspectos, simbólicos, imaginarios y reales de las cosas. Para esclarecer el sentido último de ciertas reacciones afectivas que podemos observar en relación con la mirada, necesitamos remitirnos a determinadas significaciones del inconsciente.

Para el inconsciente el ojo puede significar tanto el órgano masculino que penetra, como el femenino que es penetrado (por la mirada). Este simbolismo, que aparece en el lenguaje y en las representaciones populares, surge también en los sueños y en las creaciones de algunos artistas. Un joven paciente me contaba a menudo un sueño en el cual veía un ojo completamente redondo que le subyugaba, «Es como un órgano femenino húmedo rodeado de vello», me decía y, al contarme este sueño, abría con el dedo pulgar y el índice su propio ojo izquierdo al mismo tiempo que acariciaba los párpados, como experimentando sensorialmente lo que me estaba diciendo. El análisis nos llevó a poner en relación esta «visión» y esta «manipulación» con cierta dificultad sexual. Luego, a relacionar el sueño con un intenso sentimiento de culpabilidad que lo inhibía y este último con prohibiciones edípicas ligadas a la personalidad de su madre. El día en que le cité, a guisa de interpretación, el verso de Víctor Hugo: «El ojo estaba en la tumba y miraba a Caín...» marcó un cambio significativo en la resolución de sus angustias.

En varios idiomas, a los testículos se les suele llamar fami-



*Aparición, tentación, revelación...
relámpago, destello, espejismo...
flores del inagotable jardín de la mirada.*

liarmente huevos. En los sueños, no es poco frecuente la correspondencia entre huevo, ojo y testículo como no son pocos frecuentes los temores de ser lastimado a nivel de los ojos o de las partes sexuales. La ceguera es para quien la teme el equivalente de una castración.

Existe en cierto polo de nuestra anatomía un órgano único, redondo y fruncido cual ojal, al que se se le dice ojete. A veces también se le llama «el ojo de bronce» y bien podríamos llamarlo «el ojo polar».

Francisco de Quevedo en «*Gracias y desgracias del ojo del culo*» escribe con su desenvoltura habitual: «*Su sitio es en medio, como el del sol; su tacto es blando; tiene un solo ojo, por lo cual algunos han querido llamarle tuerto, y si bien miramos, por esto debe ser alabado, pues se parece a cíclopes, que*

tenían un solo ojo y descendían de los dioses».

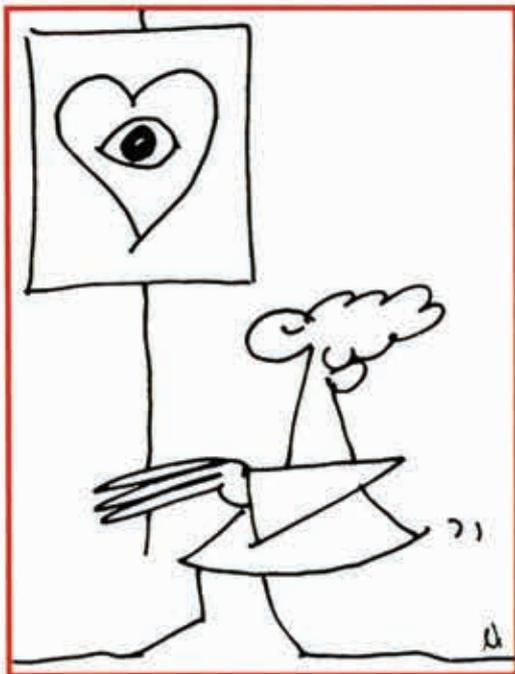
Sin embargo, ni para los embriólogos ni para los anatomistas es éste el «tercer ojo». Mas bien se trata de nuestra boca primitiva (o estoma) que ha migrado de un extremo del tubo digestivo al otro. Estas últimas asociaciones nos abren perspectivas insospechadas sobre posibles determinantes inconscientes de la función del ojo, o de la mirada, relacionados con la oralidad y la analidad arcaicas.

En otro texto, el mismo Quevedo así nos sugiere:

*«Si mis párpados, Lisi, labios fueran,
besos fueran los rayos visuales
de mis ojos, que al sol miran caudales
águilas, y besaran más que vieran».*

Y ¿no dice el lenguaje popular que es posible «comerse, a alguien o a algo, con los ojos», «devorarlo con la mirada», «tragárselo con la vista», o cuando no lo soportamos que «se nos sale por los ojos»? ¿Y no sentimos, acaso, que con la mirada podemos besar, lamer, chupar, embarrar?

Función erógena de la mirada



La mirada no tiene sólo una función cognitiva sino erógena. Eso es, no sólo nos permite un frío conocer sino un rico sentir. Para Freud y los psicoanalistas, «La tendencia a contemplar despojado de todo velo a quello que caracteriza a cada sexo es uno de los componentes primitivos de nuestra libido. Probablemente constituye en sí mismo una sustitución obligada del placer, que hemos de suponer primario, de tocar lo sexual. Como en otros muchos casos, también aquí la visión ha sustituido al acto».

Ver ciertas partes del cuerpo, ciertas escenas, ciertos objetos, produce excitación; puede producir placer. La mirada, sobre todo la llamada «mirada indiscreta», nos reserva, a veces, sorpresas. Divinas sorpresas llenas de excitación y de temor. Estas escenas primitivas, que formaron, desde muy temprana edad, la trama de nuestros descubrimientos de los «misterios de la vida», alimentan nuestras fantasías conscientes e inconscientes, y pueden marcarnos durablemente en cuanto a la elección del «oscuro objeto» de nuestro deseo. Como las ocas de Konrad Lorenz, hay quien queda fijado sobre los primeros objetos que su mirada captó. La vista es organizadora de nuestra vida afectiva.

Ver ciertas partes del cuerpo, ciertas escenas, ciertos objetos, produce excitación; puede producir placer. La mirada, sobre todo la llamada «mirada indiscreta», nos reserva, a veces, sorpresas. Divinas sorpresas llenas de excitación y de temor. Estas escenas primitivas, que formaron, desde muy temprana edad, la trama de nuestros descubrimientos de los «misterios de la vida», alimentan nuestras fantasías conscientes e inconscientes, y pueden marcarnos durablemente en cuanto a la elección del «oscuro objeto» de nuestro deseo. Como las ocas de Konrad Lorenz, hay quien queda fijado sobre los primeros objetos que su mirada captó. La vista es organizadora de nuestra vida afectiva.

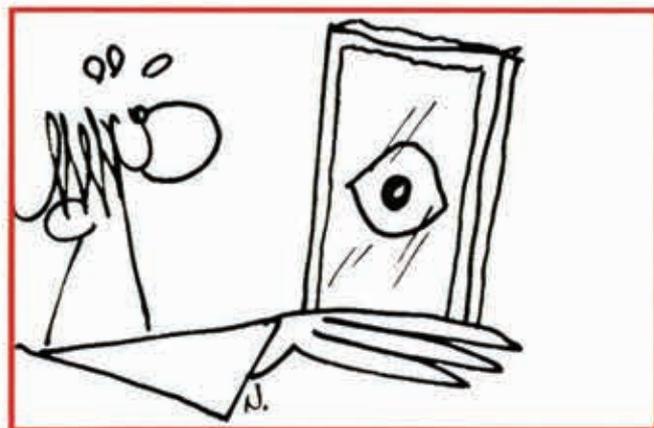
También nos dice Freud que «todas las pulsiones orgánicas que obran en nuestro psiquismo pueden clasificarse, según los propios términos del poeta, en «Hambre» o en «Amor». El ojo, por ser el soporte de dos tipos de actividad pulsional (pulsión de auto-conservación y pulsión sexual), también será, si hay conflicto entre ellas, el lugar de expresión del síntoma. Un exceso de erotización de la función visual, si se acompaña de fuertes prohibiciones, puede traducirse en trastornos funcionales.

De ahí, las diversas manifestaciones psicósomáticas que podemos observar en la clínica (trastornos de la vista, tics nerviosos...) La mirada, como pulsión de ver (Lacan habla de la pulsión escópica), representa una pulsión parcial que forma parte de un conjunto de estímulos pregenitales. Podemos ver pulsiones parciales en acción en los juegos sexuales de los niños. Jugar al papá y a la mamá o al doctor, les permite satisfacer sus curiosidades del cuerpo del otro, pero una parte de su curiosidad siempre queda insatisfecha. Para el psicoanálisis ésta es la raíz de las vocaciones científicas y los aparatos

de exploración (telescopio, microscopio, endoscopio, rayos X, etc.) no serían más que inventos más o menos sofisticados de la pulsión escópica.

También vemos pulsiones parciales en acción en los juegos preliminares al acto sexual del adulto y en las perversiones (o desviaciones) de la libido. Si toda la excitación y la satisfacción sexual se concretan en la mirada hablaremos de voyeurismo. Para el voyeur el acto de ver se sustituye al acto sexual, en cuanto al exhibicionista, lo que busca es captar la mirada del otro. Ambos nos muestran en acción, amplificados y distorsionados, los componentes naturales del placer de ver y de ser visto y unas raíces del arte —que siempre supone, en alguna forma, un exhibicionista (el artista) que reclama la mirada de un voyeur (el espectador)—.

A veces la mirada desea lo que no puede tener. Más allá del placer quisiera encontrarse a sí misma, alcanzar lo invisible de lo visible. Pero no existe satisfacción posible para tal anhelo, ninguna fuente será lo suficiente profunda como para albergar tal secreto. Narciso siempre se perderá antes de tocar fondo.

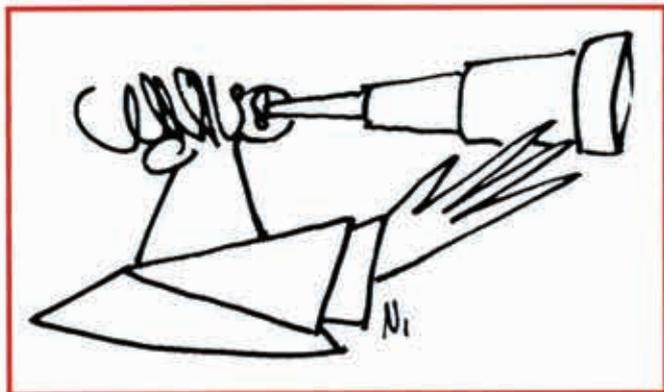


Atrapado por su propia mirada

Un bellissimo adolescente se apoya a una roca. Inclinando el busto y la cabeza, se mira en la fuente adonde ha ido a beber. Y su mirada se pierde. Preso de sus propios encantos, se queda arrobado. El castigo de Némesis, diosa de la justicia y de la venganza, se cumple. Atrapado en su propia mirada, incapaz de desprenderse de su propio reflejo. Narciso está enamorado de sí mismo. Adornado solamente por su propia gracia andrógina, el adolescente que desdeño los suspiros de la ninfa Eco parece murmurar para sí mismo estos versos de Valéry:

**«Te saludo, niño de mi alma y del agua,
tesoro de un espejo que refleja el mundo,
Aquí quiere beber mi ternura y se embriaga
al contemplar cómo un deseo se vuelve sobre sí.»**

No todos los adolescentes se precipitan en el fondo de un manantial ni terminan transformados en flor, pero todos se interesan por su mirada. Todos pasan horas frente al espejo. Aunque éste refleja una imagen nítida de los rasgos, no permite captar lo vivo del rostro. El brillo de la mirada resbala sobre su superficie pulida, se desvanece y muere. En la intensa búsqueda de sí mismo el espejo no ofrece más que espejismos.



Unas miradas como unas caricias

«Mirar, tocar al mundo» dice Octavio Paz con su profundo sentido poético. Los ojos son unos telerreceptores que, a través de la mirada, nos permiten alcanzar objetos lejanos y hacer contacto con ellos, tocar y ser tocados, lo que, a veces, no podríamos hacer con las manos.

**«Tu rostro tan hermosos que una llama acaricia,
Sea de cerca, sea de lejos, mis ojos van a tocarlo.
Mas mis manos y mis brazos no tienen tal licencia-
Estos infelices miembros cargan con toda la censura».**

Escribe Miguel Angel en su Soneto XXIV: «Sobre los ojos y el cuerpo».

Así ha de pensar, en la Salomé de Wilde, el joven guardia que no puede apartar sus ojos de la princesa y, a lo lejos, busca absorber su esencia, empaparse de su presencia.

EL JOVEN SIRIO:

¡Qué hermosa está esta noche la princesa Salomé!

EL PAJE DE HERODIAS:

La miráis siempre. Demasiado. No debe mirarse a nadie este modo.... Podría sobrevenir alguna desgracia.

Mirar a alguien, de cierto modo es penetrar su intimidad. Hay miradas prohibidas. Miradas que ofenden la dimensión sagrada de ciertos personajes: reyes, príncipes, como la ofendería un contacto corporal directo. El emperador de China, Hijo del Cielo, el rey de Siam, encarnación de Shiva, o el *tlatoani azteca* que reunía en su cuerpo el fuego divino con la deidad tutelar del pueblo, jefes temporales y espirituales, autoridades supremas, no se podían tocar ni mirar de frente. Levantar la vista en su presencia hubiera sido una ofensa cuyo precio era la muerte. Hay padres y educadores que todavía exigen esto de los niños cuando los castigan gritándoles: «¡y no me levantes la vista!... «Aquí la mirada del uno pretende dominar y exige que la del otro exprese deferencia, sumisión, aplacamiento.

Hay otras miradas prohibidas. Las cargadas de deseo o de concupiscencia. A uno se les van los ojos, a otros se le va la cara entera... ¡Miradas descaradas! Miradas que las esposas censuran, si se trata de otra mujer... o que los esposos prohíben a otros hombres si se trata de su propia esposa: «Y usted ¿qué está viendo?...» En ciertos casos, transgredir la prohibición sobre todo en una sociedad machista, es arriesgar el pellejo. Y las cargadas de curiosidad ¿Quién no se acuerda de la pobre mujer de Lot, el incestuoso sobrino de Abraham, que fue convertida en estatua de sal por mirar hacia atrás cuando abandonaba Sodoma?



Os miraré, Narraboth

Hambriento de amor, el amante desea, suplica, mendiga, una mirada de su amada: ¡Miradme al menos! El deseo que tenemos del otro, también es deseo del deseo del otro. La mirada puede ser vector u objeto de este deseo. Es un arma de seducción, tiene poder.

La que se sabe deseada puede hacer de ésta una preciada recompensa (por su connotación sensual o sexual, en todos casos íntima) y obtener lo que desea. Así lo hace Salomé. Quiere ver a Iokanaan y hablar con él. Los guardias se niegan. Entonces e dirige personalmente al joven sirio:

SALOMÉ:

Me haréis este favor, Narraboth, y mañana, cuando pasaré en mi litera, bajo la puerta de los vendedores de ídolos, dejaré caer una flor para vos, una florecilla verde.

EL JOVEN SIRIO:

No puedo, princesa, no puedo.

SALOMÉ: (sonriendo).

Me haréis este favor, Narraboth, bien lo sabéis. Y mañana, cuando pasaré en mi litera por el puente de los compradores de ídolos, os miraré a través de los velos de muselina: Os miraré. Narraboth, y tal vez os sonría. Miradme. Narraboth. Miradme. Vais a hacerme este favor y lo sabéis, ¿no es cierto? Porque yo lo sé.

EL JOVEN SIRIO (haciendo una señal al tercer soldado).

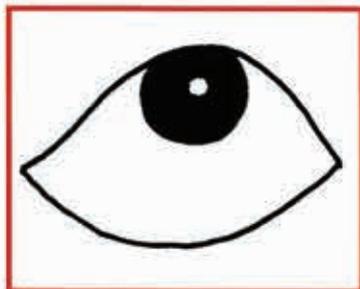
Haced salir al profeta. La princesa Salomé quiere verlo.

Una mirada de princesa, de princesa amada, es como una flor, una florecilla verde (¿tendrá Salomé verdes los ojos, o será Sarah Bernhardt para quien Wilde escribió la obra?) ¡Gran recompensa! como en la Cataluña medieval cuando el primer premio de las justas de poesía: «Els jocs florals» era una flor natural, no de oro ni de plata. Salomé está segura de su poder. Lo usa como un hipnotizador. Sonriendo, fascina al joven sirio por su mirada («Miradme, Narraboth. Miradme») sus encantos y sus promesas. Éste, subyugado, no puede hacer menos que obedecer.

Cuando, a finales del siglo XVIII, Mesmer, príncipe de los magnetizadores y magnetizador de los príncipes, fascinaba a todo París con sus pases, la Facultad de medicina se alarmó. Una comisión científica entregó al rey un informe que, por su contenido, quedó por muchos años secreto. Los señores doctores se habían percatado de la dimensión pasional (sexual diríamos hoy) que había en estas prácticas. Un siglo más tarde Freud, alertado por las desventuras de su amigo Breuer, descubrirá lo mismo en la relación hipnótica. Decidirá entonces callar al cuerpo demasiado locuaz de sus pacientes histé-

ricas, reduciéndolas a la inmovilidad de un diván y escapará a la influencia de sus miradas al sentarse detrás de ellas. El psicoanálisis había nacido.

De la vista nace el amor... ¡Y también el horror!



De la vista nace el amor y también la codicia, la envidia, la gula, los pecados capitales, la pulsión de muerte, ¡el horror! El alma del místico y la del amante se sienten transportadas fuera del cuerpo, arrobadas, cuando están en presencia de la mirada del

amado. En ambos casos las miradas, los pensamientos, los alientos, las energías, se funden y se hunden en un más allá de goce que las palabras no pueden expresar. Así lo experimentó Salomé:

SALOMÉ:

Tu voz era un incensario que esparcía extraños perfumes y cuando te miraba oía una extraña música. ¡Ah! ¿Por qué no me miraste, Iokanaán? Ocultaste tu rostro tras tus manos y tus blasfemias. Colocaste sobre tus ojos la venda del que quiere ver a su Dios. Has visto a tu Dios, Iokanaán, pero no me has visto a mí. Si me hubieses visto, me habrías amado. Yo sí te he visto, Iokanaán y te he amado. (...)

Ella anheló ver la faz de Iokanaán cuando éste anhelaba ver la faz de Dios. No se lo perdonó. Solitaria y decepcionada, ahora contempla el horrendo trofeo, la cabeza degollada del amado, sus ojos apagados, su mirada hueca.

SALOMÉ:

¡Ah! ¿Por qué no me miraste, Iokanaán? Ocultaste tu rostro tras tus manos y tus blasfemias. Colocaste sobre tus ojos la venda del que quiere ver a su Dios. Has visto a tu Dios, Iokanaán, pero no me has visto a mí. Si me hubieses visto, me habrías amado. Yo sí te he visto, Iokanaán y te he amado.

Lívido, la boca entreabierta como a punto de hablar, el cuello chorreando sangre, el profeta la mira fijamente. Así nos lo muestra Beardsley y también Gustave Moreau. Pero éste, en su obra titulada: La aparición, anticipa. Apenas termina su danza, todavía de puntillas, los velos caídos, Salomé ya está alucinando la realización del deseo que corrió en sus venas todo el tiempo que bailó. Lo que Moreau nos da a ver son los efectos de una macabra fantasía, especie de escena primitiva de la angustia de castración. Frente al abyecto objeto de su deseo, la hija de Herodias, fascinada y horrorizada a la vez, se queda petrificada como frente a la cabeza de Medusa. En su corazón el crimen ya está consumado. Su propia alma se estremece. Ni el sol, ni la muerte, ni el deseo, se puede mirar de frente.

La mirada interior, los ojos del alma

Si la mirada interior crea horror también puede crear y guardar amor, tan cierto es que no sólo con los ojos miramos sino con el alma y con el corazón. Sor Juana, en versos dedicados a la excelentísima Señora Condesa de Paredes, Marquesa de la Laguna, nos lo dice a su manera, «porque la tiene

*«Aunque cegué de mirarte,
¿qué importa cegar o ver
si goces que son del alma
también un ciego los ve?»*

*«Cuando el amor intentó
hacer tuyos mis despojos,
Lisy, y la luz me privó,
me dio en el alma los ojos*

en su pensamiento, desprecia como inútil la vista de los ojos»:

A los que se aman les gusta mirarse profundamente a los ojos y sus pupilas se dilatan señalando la intensidad del sentimiento placentero. La mirada amorosa suele ser también más húmeda, lo que le confiere un brillo muy atractivo y muy especial. Estos hechos son bien conocidos de los fotógrafos de estudio que, al retocar los retratos, amplian las pupilas y les agregan un toque de luz para darle más atractivo.



Tenemos ojos para ver y no vemos

En cada instante inventamos e reinventamos el mundo a través de nuestra mirada, más ésta puede cansarse. Familiarmente hablamos de vista cansada para describir ciertos trastornos de la visión, pero existe también un cansancio de la mirada. Un cansancio debido a la repetición.

Al ver siempre el mismo cielo cargado de humos y polvo, la misma vieja que mendiga en la esquina, las mismas chozas con sus techos de cartón, la misma mujer (o el mismo hombre) en la misma cama ¿quién se acuerda aún de la impresión que todo esto le produjo la primera vez? Agobiados por la costumbre, por la pérdida del entusiasmo o por este desecho olvidado, miramos sin ganas y a veces necesitamos un rayo o una conflagración para que las escamas se caigan de nuestros ojos. Además, sin que nos demos cuenta, el ambiente social, cultural, educativo, estético, que es el nuestro, forma y deforma nuestro juicio y nuestra mirada.

El arte de ver forma parte del arte de vivir. La mirada puede avivarse y reavivarse, educarse y reeducarse. No olvidemos que de la intención depende la mirada.

Sería preciso, como lo escribe Elie Faure en su Historia del Arte: «que la humanidad adquiriese conciencia de la unidad y aprendiese a descubrir que la llama que brilla en el fondo de las miradas de los hombres duerme en el corazón de todas las formas».

Pero ¡cuidado! como lo decía Chesterton: «Si miras una cosas 999 veces, estás perfectamente a salvo; si la miras por milésima vez, corres el riesgo espantoso de verla por vez primera».